

CAPÍTULO 5

Un día de fiesta, entre semana, Pável, ya a punto de salir a la calle, dijo a su madre:

—El sábado vendrá gente de la ciudad a verme.

—¿De la ciudad?—repitió la madre..., y repentinamente estalló en sollozos.

—Vamos mamá, ¿por qué lloras? —preguntó Pável, disgustado.

Ella, enjugándose las lágrimas con el delantal, contestó suspirando:

—No sé..., porque sí.

—¿Tienes miedo?

—¡Tengo miedo! —confesó ella.

Pável se inclinó sobre su rostro y dijo en tono irritado, como el padre:

—¡Todos reventamos de miedo! Y los que nos mandan, se aprovechan de ese miedo para asustarnos todavía más.

La madre gimió con angustia:

—¡No te enfades! ¡Cómo podría no tener miedo! He tenido miedo toda mi vida. Tengo llena de temor el alma.

Él respondió a media voz, apaciguado:

—Perdóname, madre. No puedo hacer otra cosa.

Y salió.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Tres días se pasó ella temblando: el corazón se le paraba cuando recordaba que «aquella gente» iba a venir a su casa: extraños, que debían ser terribles. Eran los que le habían mostrado a su hijo el camino que ahora seguía...

El sábado por la tarde, Pável volvió de la fábrica, se lavó, se cambió de ropa y salió de nuevo, diciendo a su madre, sin mirarla:

—Si vienen, díles que vuelvo en seguida. Y no tengas miedo, por favor...

Ella se dejó caer sobre el banco, sin fuerzas. Pável la miró, frunció el ceño y le propuso:

—¿Quizá... prefieres salir?

Ella se sintió herida. Sacudió negativamente la cabeza.

—No. ¿Por qué iba a salir?

Era el final de noviembre. Durante el día, una nieve fina y seca había ido cayendo sobre la tierra helada, y ahora se la oía crujir bajo las pisadas del hijo, que se alejaba. Espesas tinieblas se pegaban, inmóviles, a los cristales de la ventana, acechando, hostiles. La madre, las manos apoyadas en el banco, permanecía sentada, mirando a la puerta, esperando.

Le parecía que, en la oscuridad, seres malvados con extrañas vestiduras, convergían de todas partes hacia la casa: marchaban a paso de lobo, encorvados y mirando con recelo a todos lados. Pero alguien andaba ya alrededor de la casa, palpando la pared con las manos...

Se oyó un silbido. Serpenteaba en el silencio, como un fino hilo de agua, melódico y triste; vagaba soñador en las tinieblas de la noche, buscaba algo, se aproximaba... De repente, desapareció bajo la ventana, como si se hubiera incrustado en la madera del tabique.

Unos pasos se arrastraron en la entrada: la madre se estremeció y, con los ojos dilatados, se puso de pie.

La puerta se abrió. Primero apareció una cabeza tocada con un gran gorro de piel, luego un largo cuerpo encorvado se deslizó lentamente, se irguió, levantó sin

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

apresurarse el brazo derecho y, suspirando ruidosamente, dijo con una voz que salía de lo más hondo del pecho:

—¡Buenas noches!

La madre se inclinó sin decir palabra.

—Pável, ¿no está?

El hombre se quitó lentamente su chaquetón forrado, sacudió con el gorro la nieve que cubría la bota alta, hizo lo propio con la otra bota, arrojó el gorro a un rincón y entró en el cuarto, balanceándose sobre las largas piernas. Se acercó a una silla, la examinó como para convencerse de su solidez, se sentó al fin y, llevándose la mano a la boca, bostezó.

Su cabeza era de una redondez perfecta; tenía cortado el pelo al rape, rasuradas las mejillas y unos largos bigotes cuyas puntas caían.

Después de observar detenidamente la habitación con sus ojazos saltones y grisáceos, cruzó las piernas y preguntó, balanceándose en la silla:

—¿Esta casucha es de ustedes, o alquilada?

Pelagueia, sentada frente a él, respondió:

—Alquilada.

—No es gran cosa —observó él.

—Pável volverá pronto: espérelo —dijo ella débilmente.

—Es lo que estoy haciendo —dijo tranquilamente el largo personaje.

Su calma, su voz suave y la sencillez de su expresión, devolvieron el valor a la madre. El hombre la miraba francamente, con benevolencia: una alegre chispa jugaba en la hondura de sus ojos transparentes, y en toda su figura, angulosa y encorvada, de largas piernas, había algo divertido y que predisponía en su favor.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Iba vestido con una camisa azul y pantalones negros, metidos en las botas. La madre tuvo ganas de preguntarle quién era, de dónde venía, si hacía mucho tiempo que conocía a su hijo, pero de pronto, el forastero, echándose muy hacia atrás con la silla, balanceó el cuerpo y le preguntó:

—¿Quién le ha hecho ese agujero en la frente, madrecita?

Lo preguntó con voz cariñosa y una sonrisa clara en los ojos. Pero la pregunta ofendió a Pelagueia. Apretó los labios, y tras un instante de silencio, respondió con fría cortesía:

—Y eso, ¿a usted qué le importa, mi querido señor?

El volvió hacia ella todo su largo cuerpo.

—¡Bueno, no se incomode! Se lo he preguntado porque mi madre adoptiva tenía también rota la cabeza, exactamente igual que usted. Su esposo, un zapatero, se lo hizo al golpearla con una horma. Él era zapatero y ella lavandera. Me había adoptado ya cuando, en alguna parte, tropezó, para desgracia suya, con aquel borracho. ¡Le pegaba como no quiera usted saber! Yo tenía un miedo de todos los diablos...

La madre se sintió desarmada ante aquella franqueza, y pensó que, sin duda, Pável se irritaría por el mal humor que manifestaba con respecto a aquel ser original. Sonrió con aire contrito:

—No me enfado, pero me preguntó usted así ... tan de repente. Fue mi marido quien me hizo este regalo. Dios tenga piedad de su alma. ¿No es usted tártaro?¹

Estiró el hombre las piernas y se sonrió con una sonrisa tan ancha, que las orejas parecieron irsele hasta la nuca. Luego, dijo con gravedad:

—No, todavía no.

—¡Pero su acento, no parece ruso! —explicó ella, sonriendo a su vez, al comprender la broma.

¹ Alusión por medio de la cual se comparaba con los tártaros a los visitantes inoportunos.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Mi acento es mejor que el ruso —gritó alegremente el visitante moviendo la cabeza—. Soy jojol², de la ciudad de Kániev.

—¿Y hace mucho que está aquí?

—Viví en la ciudad cerca de un año, y hará cosa de un mes me vine a esta fábrica. Aquí he encontrado buena gente: su hijo y otros. Y pienso quedarme —dijo tirándose de las puntas del bigote.

La madre lo encontraba agradable, y deseosa de pagarle con algo aquellas buenas palabras acerca de su hijo, le propuso:

—¿No querría tomar té?

—¡Pero no voy a regalarme yo solo! —respondió él, alzando los hombros—. Cuando todos estén aquí, nos hará usted los honores...

Él le recordó sus miedos.

«Con tal de que todos sean así...», deseó calurosamente.

Volvieron a oírse pasos en el zaguán, la puerta se abrió vivamente y la madre se levantó. Pero, con gran asombro, vio entrar a una muchacha, de mediana estatura, con un sencillo rostro de campesina y una gruesa trenza de cabellos claros.

—¿Llego tarde?

—¡En absoluto! —respondió el jojol, mirando desde la habitación—. ¿Ha venido a pie?

—Naturalmente. ¿Es usted la madre de Pável Mijáilovich? Buenas noches: me llamo Natasha.

—¿Y su patronímico³? -preguntó la madre.

—Vassílievna. ¿Y usted cómo se llama?

² Nombre dado a los ucranianos.

³ Nombre de su padre.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Pelagueia Nílovna.

—Bien, pues ahora ya nos conocemos.

—Sí —dijo la madre con un ligero suspiro; y miró sonriente a la muchacha.

El ojol la ayudó a quitarse el abrigo y le preguntó:

—¿Hace frío?

—Sí, en el campo mucho frío. Sopla el viento...

Su voz era sonora y clara, su boca pequeña y carnosa, toda ella, redondita y fresca. Después de quitarse el abrigo, se frotó enérgicamente las mejillas sonrosadas con sus pequeñas manos, rojas de frío, y entró rápidamente en el cuarto, haciendo sonar sobre el piso los tacones de sus botitas.

«Va sin chanclos», pensó la madre, fugazmente.

—Sí, sí... —dijo la muchacha, arrastrando las palabras y temblando—. Estoy helada ... ¡Uf, qué frío!

—¡Voy a preparar en seguida el samovar! —dijo vivamente la madre, dirigiéndose hacia la cocina—. Ahora mismo. Esto la calentará.

Le parecía que conocía a la joven desde hacía mucho tiempo, y que la quería con un cariño bueno, compasivo, de madre. Sonriendo, prestó oído a la conversación en el cuarto.

—¿Por qué está triste, Najodka? —preguntó la muchacha.

—Qué se yo... —respondió el ojol a media voz—. Esta viuda tiene los ojos buenos, y se me ocurrió pensar que quizá los de mi madre son parecidos. Ya sabe que pienso frecuentemente en mi madre, y creo siempre que está viva.

—¿No decía que había muerto?

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—No, esa es mi madre adoptiva. Yo hablo de mi verdadera madre. Me la figuro pidiendo limosna en cualquier parte, en Kiev. Y que bebe vodka... Y que cuando está ebria, los gendarmes le parten la cara.

«¡Pobre hombre!», pensó la madre, y suspiró.

Natasha se puso a hablar de prisa, con calor pero en voz baja.

Después, volvió a oírse la voz sonora del jojol:

—Es todavía muy joven, camarada, y ¡ha comido poca cebolla! Parir es difícil, pero enseñar el bien a los hombres es más difícil todavía...

«¡Vaya!», se dijo la madre; y hubiera querido decir algo amable al jojol. Pero la puerta se abrió sin prisa y entró Nikolái Vesovschikov: era hijo del viejo ladrón Danilo, famoso en todo el arrabal por lo insociable que era. Siempre se apartaba huraño de la gente, que se mofaba de él. La madre le preguntó con asombro:

—¿Qué quieres, Nikolái?

El enjugó con la ancha palma de la mano el rostro helado, de pómulos salientes, y, sin saludar, preguntó con voz sorda:

—Pável, ¿no está?

—No.

Echó una ojeada a la habitación y luego entró, diciendo:

—Buenas noches, camaradas.

«¿Este también?», pensó la madre con hostilidad, y se extrañó mucho al ver a Natasha tenderle la mano con aire alegre y afectuoso.

Después, llegaron otros dos muchachos muy jóvenes, casi niños. Pelagueia conocía a uno de ellos: era Fedor, el sobrino un viejo obrero de la fábrica, llamado Sisov; tenía los rasgos angulosos, la frente alta y los cabellos rizados. El otro, de cabello liso y aspecto modesto, le era desconocido, pero tampoco tenía apariencia

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

terrible. Por fin, llegó Pável, acompañado de dos amigos que ella conocía: ambos obreros de la fábrica.

El hijo le dijo amablemente:

—¿Has puesto el samovar? ¡Gracias!

—¿Quieres que vaya por vodka? — propuso ella sin saber cómo expresarle su gratitud por algo que aún no comprendía.

—No, no hace falta —le replicó Pável, sonriéndole con bondad.

De pronto, se le ocurrió la idea de que su hijo había exagerado adrede el peligro de aquella reunión, para burlarse de ella.

—¿Y ésta es la gente peligrosa? —le preguntó bajito.

—¡Absolutamente! —dijo Pável, entrando en el cuarto.

—¡Qué gracioso eres...! —exclamó cariñosa la madre siguiéndolo con la mirada, y pensó para sus adentros: «¡Sigue siendo un niño!»

CAPÍTULO 6

Cuando el agua del samovar comenzó a hervir, la madre lo llevó a la habitación. Los invitados se habían sentado a la mesa en apretado círculo, y Natasha, con un libro en la mano, se había instalado en la esquina que caía debajo de la lámpara.

—Para comprender por qué las gente vive tan mal... —decía Natasha.

—Y por qué son, los hombres mismos, tan malos... —intervino el jojol.

—Hay que mirar cómo empezaron a vivir...

—¡Miren, hijos míos, miren! —murmuró la madre, hechando té en el agua hervida.

Todos se callaron.

—¿Qué dice, madre? —preguntó Pável, frunciendo el ceño.

—¿Yo? —viendo todos los ojos fijos en ella, explicó turbada—: No decía nada..., hablaba conmigo misma... y me dije: ¡miren!

Natasha se echó a reír, Pável sonrió, y el jojol dijo:

—Gracias por el té, madrecita.

—¡Aún no lo han bebido y ya me dan las gracias! —replicó ella. Luego añadió, mirando al hijo—: ¿No les estorbo?

Fue Natasha quien respondió:

—¿Cómo podría molestar a sus huéspedes la dueña de la casa?

Y rogó con quejumbrosa voz infantil:

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡Deme en seguida el té, mi buena Pelagueia! Estoy temblando... Tengo los pies helados.

—Ahora mismo, ahora mismo —dijo vivamente la madre.

Natasha bebió su taza de té, suspiró ruidosamente, se echó la trenza por encima del hombro y comenzó a leer un libro ilustrado, de cubierta amarilla. La madre se esforzaba en no hacer ruido con las tazas, servía el té y escuchaba atentamente la lectura armoniosa de la muchacha. La voz sonora y clara de Natasha era acompañada por el dulce ronroneo del samovar, y en la habitación se iba desplegando, como una cinta magnífica, la historia de los hombres primitivos y salvajes, que vivían en cavernas y mataban con piedras a las fieras. Era como un cuento maravilloso, y Pelagueia dirigió varias veces una ojeada al hijo, deseosa de preguntarle qué había de prohibido en aquella historia. Pero se cansó pronto de seguir el relato y, sin que lo advirtieran el hijo y sus invitados, se puso a examinarlos.

Pável estaba sentado al lado de Natasha: era el más guapo de todos. La joven, inclinada sobre su libro, echaba hacia atrás, a cada momento, los cabellos que le caían sobre la frente. Sacudía la cabeza, y, bajando la voz, dejaba el libro para hacer algunas observaciones de su cosecha, mientras su mirada resbalaba cariñosa por los rostros de sus oyentes. El jojol apoyaba su amplio pecho en el ángulo de la mesa, bizqueando sobre su bigote, del que se esforzaba en ver las puntas rebeldes. Vesovchikov estaba sentado en su silla, rígido como un maniquí, las manos en las rodillas, el su rostro picado de viruela, desprovisto de cejas, con los labios delgados, permanecía inmóvil como una careta. Sus ojos estrechos, miraban obstinadamente los destellos del cobre brillante del samovar: parecía que no respiraba. El pequeño Fedia escuchaba la lectura, moviendo silenciosamente los labios, como si repitiese para sí las palabras del libro, en tanto que su camarada, inclinado, los codos en las rodillas, las mejillas en el hueco de las manos, sonreía pensativo. Uno de los muchachos que vinieron con Pável era pelirrojo, de cabello rizado y alegres ojos verdes; sin duda tenía ganas de decir algo, porque se agitaba con impaciencia. El otro, de cabello rubio muy corto, se pasaba la mano sobre la cabeza, que inclinaba hacia el suelo, y no se le veía la cara. Se estaba bien en la habitación. La madre lo percibía de una manera particular, incomprensible para ella, y al arrullo de la voz de Natasha, iba recordando aquellas ruidosas fiestas caseras de su juventud, las palabras groseras de los jóvenes, que apestaban siempre a vodka, sus cínicas bromas...

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Recordaba, y un sentimiento de pena hacia ella misma le oprimía sordamente el corazón.

Revivió en su pensamiento el instante en que su difunto marido la pidió en matrimonio. Fue en una fiesta casera; él la atrapó en el zaguán oscuro, la apretó, con todo su cuerpo, contra la pared, y le propuso con sorda voz irritada:

—¿Quieres casarte conmigo?

Ella sentía dolor y agravio; le hacía daño, apretujándole los pechos con sus dedos; resollaba echándole a la cara el aliento caliente y húmedo... Trató de arrancarse de sus manos, de huir.

—¿Adónde vas? —rugió él—. ¡Contéstame! ¿Qué respondes?

Sofocada de vergüenza y profundamente herida, ella callaba. Y como alguien abrió la puerta del vestíbulo, él la soltó sin apresurarse, diciendo:

—El domingo mandaré a la casamentera...

Y la envió.

Pelagueia cerró los ojos y lanzó un profundo suspiro. De pronto, resonó la voz irritada de Vesovchikov:

—¡No necesito saber cómo vivían antes los hombres, sino cómo hay que vivir ahora!

—¡Eso es! —dijo el pelirrojo levantándose.

—¡No estoy de acuerdo! —gritó Fedia.

Estalló la discusión, las exclamaciones brotaron como lenguas de fuego en una hoguera. La madre no comprendía por qué gritaban. Todos los rostros estaban rojos de excitación, pero nadie se ofendía ni decía las palabrotas a las que ella estaba acostumbrada.

«Les da vergüenza delante de la chica», dedujo.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Le agradaba observar el serio rostro de Natasha, que los miraba con atención, como una madre a sus hijos.

—Esperen, camaradas —dijo de pronto. Y todos callaron, volviendo los ojos hacia ella.— Los que dicen que debemos saber todo, están en lo cierto. Tenemos que encendernos en la llama de la razón si queremos esclarecer a quienes están en tinieblas; debemos poder responder a todas las preguntas, honrada y verazmente. Debemos conocer toda la verdad y toda la mentira...

El jojol escuchaba meneando la cabeza al ritmo de las frases. Vesovchikov, el pelirrojo y el obrero llegado con Pável, formaban los tres un grupo aparte que no le gustaba a la madre, sin que ella supiera por qué.

Cuando Natasha concluyó, Pável se levantó y preguntó tranquilamente:

—¿Es que lo único que queremos es comer y beber hasta hartarnos?¡No! — se contestó a sí mismo, mirando con firmeza al trío—, debemos mostrar a los que nos tienen sujetos por el cuello y nos tapan los ojos, que vemos todo, que no somos idiotas ni brutos, y que lo que queremos no es solamente comer, sino vivir como seres dignos. ¡Debemos mostrar a nuestros enemigos que la vida de presidiarios que nos imponen no nos impide medirnos con ellos en inteligencia, e incluso, elevarnos mucho más alto que ellos!

La madre escuchaba y se estremecía de orgullo al oírlo hablar tan bien.

—Hay muchos bribones, pero poca gente honrada —dijo el jojol—. Debemos construir un puente que salve el pantano de esta vida podrida y nos conduzca hasta un nuevo mundo de bondad fraternal. Esa es nuestra tarea, camaradas.

—Cuando llega el momento de batirse, no hay tiempo para limpiarse las uñas — replicó sordamente Vesovchikov.

Era más de medianoche cuando se separaron. Los primeros en irse fueron Vesovchikov y el pelirrojo, lo que disgustó a la madre.

«¡Mira qué prisa tienen!», pensó hostil, contestando a sus «buenas noches».

—¿Me acompaña usted, Najodka? —preguntó Natasha.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Desde luego —respondió el jojol.

Mientras Natasha se ponía el abrigo en la cocina, la madre le dijo:

—Esas medias son muy finas para semejante tiempo. Si me lo permite, yo le haré unas de lana.

—Gracias, Pelagueia Nílovna, ¡las medias de lana pican! —contestó Natasha riendo.

—Yo le haré unas que no le picarán.

Natasha la miró entornando un poco los ojos, y aquella mirada fija turbó a la madre, que añadió en voz baja:

—Perdone mi tontería... era de todo corazón...

—¡Qué buena es usted! —contestó dulcemente Natasha, apretándole la mano con premura.

—¡Buenas noches, madrecita! —dijo el jojol mirándola francamente; y agachándose, salió al zaguán detrás de Natasha.

La madre miró a su hijo, que sonreía de pie en el umbral.

—¿De qué te ríes? —preguntó desconcertada.

—De nada... ¡estoy contento!

—Claro, yo soy vieja y tonta, pero puedo comprender lo que es bueno —observó ella, un poco ofendida.

—¡Eso es bueno! —replicó él—. Debería usted acostarse, es tarde.

—Voy ahora mismo.

Andaba atareada en torno a la mesa, recogiendo los cacharros; satisfecha, hasta sudorosa de la grata emoción; estaba contenta de que todo hubiera salido bien y terminado en paz.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Has tenido una buena idea, Pável. El jojol es muy amable. Y la señorita... ¡Eso es una muchacha inteligente! ¿Qué es?

—Maestra de escuela —respondió conciso Pável, midiendo la habitación a grandes pasos.

—¡Claro, claro... por eso es pobre! Y mal vestida, tan mal... No tardará mucho en enfriarse. ¿Dónde están sus padres?

—En Moscú —Y deteniéndose ante ella, Pável añadió en tono grave: —Verás, su padre es rico, negociante en hierro y dueño de varias casas. La ha expulsado del hogar porque ella ha elegido este camino. Se educó en la abundancia, todos la mimaban, dándole cuanto quería, y ahora, ya ves, tiene que hacer siete verstas⁴ a pie, en plena noche, completamente sola...

Estos detalles conmovieron a Pelagueia. De pie en medio del cuarto, miraba a su hijo sin decir palabra, las cejas enarcadas de asombro. Luego preguntó quedamente:

—¿Va a la ciudad?

—Sí.

—¡Ay...! ¿Y no le da miedo?

—No, no le da miedo —dijo Pável sonriendo.

—Pero, ¿por qué se ha ido? Podía haber pasado la noche aquí: se habría acostado conmigo...

—¡No es conveniente! La habrían visto mañana por la mañana, y eso podría perjudicarnos.

La madre miró a la ventana con aire pensativo, y dijo dulcemente:

—No comprendo, Pável, lo que hay de peligroso, de prohibido... No hay nada malo en esto, ¿no?

⁴ Unidad de longitud rusa, actualmente en desuso, que equivale a 1066,8 metros.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

No estaba segura, y esperaba una confirmación de parte de su hijo.

Este la miró tranquilamente a los ojos.

—No, no hay nada malo. Y, sin embargo, a todos nosotros nos espera la cárcel: es preciso que lo sepas.

Las manos de la madre empezaron a temblar. Con voz rota, dijo:

—Pero, tal vez, Dios quiere que eso no ocurra.

—¡No!—dijo tiernamente el muchacho—. No quiero engañarte. ¡No escaparemos!

Sonrió:

—Acuéstate, estás cansada. Buenas noches.

Cuando se quedó sola, se acercó a la ventana y miró a la calle. Fuera, el tiempo estaba revuelto, hacía frío. Soplaban con fuerza el viento, llevándose la nieve de los tejados de las casitas dormidas, azotaba las paredes susurrando y se abatía sobre la tierra, para arrastrar, a lo largo de la calle, blancas nubes de copos secos.

—Jesucristo, ten piedad de nosotros —susurró la madre.

Las lágrimas empezaron a brotar del corazón; la espera de aquella desgracia de que hablaba el hijo con tanta tranquilidad y certeza, aleteaba dentro de su ser, ciega y desamparada, como una mariposa nocturna. Se abrió ante sus ojos una lisa llanura cubierta de nieve. Con agudo y frío silbido, corría raudo el viento, blanco, encrespado. En medio de la llanura, iba caminando, solitaria y vacilante, la oscura figura de la muchacha. El viento se le enrollaba en las piernas, hinchándole las faldas, lanzándole a la cara punzantes cristales de nieve. Le costaba trabajo andar, sus pies se hundían en la espesa capa de nieve. Hacía frío y sentía miedo. La muchacha se inclinaba hacia adelante como una brizna de hierba en medio de la llanura en sombras, batida por el alborotado viento de otoño. A su derecha, en el pantano, se alzaba el muro sombrío del bosque, donde gimen los abedules y los pinos helados y desnudos. En alguna parte, lejos, ante ella, titilaban mortecinas las luces de la ciudad.

—¡Señor, ten piedad de nosotros! —susurró la madre, temblando de miedo.

CAPÍTULO 7

Los días se deslizaban uno tras otro como las cuentas de un ábaco, e iban alineándose en semanas y meses. Cada sábado, los camaradas de Pável se reunían en casa de éste; cada reunión era como un peldaño, en una larga escalera en pendiente suave, que conducía lejos, no se sabía dónde, y que elevaba lentamente a quienes la ascendían.

Aparecieron caras nuevas. La pequeña habitación de los Vlázov se hacía demasiado estrecha, asfixiante. Natasha llegaba aterida, fatigada, pero trayendo siempre consigo una inagotable provisión de alegría y entusiasmo.

La madre le hizo unas medias y ella misma se las puso en sus piecitos. Natasha rió primero, pero luego se calló para decir, pensativa:

—La nodriza que tuve era también maravillosamente buena. ¡Qué raro, Pelagueia Nílovna!, los trabajadores llevan una vida tan dura, tan llena de privaciones... y sin embargo, ¡tienen más corazón, más bondad que aquellos otros...!

E hizo con la mano un gesto como para indicar un lugar desconocido, lejos, muy lejos...

—Como usted —dijo la madre—, ha sacrificado a sus padres, y todo lo demás...

No consiguió terminar su pensamiento, suspiró y calló mirando a Natasha: le estaba agradecida sin saber por qué, y permaneció acurrucada en el suelo, ante ella, mientras la muchacha sonreía soñadora, la cabeza inclinada.

—¿Mis padres? —dijo—, eso no es nada. Mi padre es tan grosero, mi hermano también... y, además, borracho. Mi hermana mayor es una desgraciada. Se casó con un hombre mucho más viejo que ella... Muy rico, aburrido y avaro. A mamá sí la echo de menos. Me da lástima. Es sencilla, como usted, pequeñita como un ratón: siempre corriendo, asustada de todos. A veces, ¡tengo tantas ganas de verla!

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡Pobrecita mía!, —dijo la madre, moviendo tristemente la cabeza.

La muchacha se irguió bruscamente y agitó la mano, como para rechazar algo.

—¡Oh, no! ¡Hay momentos en que siento tanta alegría, tanta felicidad!

Su rostro palideció y sus ojos azules brillaron. Y poniendo la mano sobre el hombro de la madre, añadió muy bajo, con voz profunda e intensa:

—Si usted supiera..., ¡si comprendiera qué grande es lo que estamos haciendo!

Una sensación parecida a la envidia rozó el corazón de Pelagueia. Se levantó del suelo y dijo tristemente:

—Yo ya soy muy vieja para eso... y muy ignorante.

Pável tomaba la palabra cada vez con mayor frecuencia, discutía con ardor creciente y enflaquecía. La madre creía notar que, cuando hablaba con Natasha o la miraba, su mirada severa se hacía dulce, su voz se hacía más cariñosa y todo él se volvía más sencillo.

«¡Dios quiera!», pensaba; y sonreía.

Cuando, en las reuniones, las discusiones se hacían más ardorosas y violentas, el jojol se levantaba, y balanceándose como el badajo de una campana, hablaba con su voz sonora y cadenciosa; la sencillez, la bondad de sus palabras, hacían renacer la seriedad y calmaban a todos. Vesovchikov, siempre gruñón, provocaba una atmósfera de tensión general; eran él y el pelirrojo, llamado Samóïlov, quienes iniciaban todas las disputas. Tenían como partidario a Iván Bukin, el muchacho de cabeza redonda y cejas blancas como desteñidas con lejía. Yákov Sómov, siempre limpio y bien peinado, hablaba poco, sin gritar, con voz grave, y al igual que Pedia Masin, el joven de la frente ancha, era siempre de la misma opinión que Pável y el jojol.

A veces, en lugar de Natasha, era Nikolái Ivánovich quien venía de la ciudad: llevaba lentes y ostentaba una barbita rubia. Oriundo de una provincia remota, que al hablar recargaba mucho el acento en la o, tenía siempre un aire lejano y distraído. Hablaba de cosas corrientes: de la vida familiar, de los hijos, del comercio, de la policía, del precio del pan y la carne, de todo lo concerniente a la vida cotidiana. Y en

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

todas ellas iba poniendo al descubierto la hipocresía, el desorden, una especie de estupidez frecuentemente cómica, pero siempre malvada. Pelagueia tenía la impresión de que venía de muy lejos, de otro reino donde todo el mundo vivía una vida honesta y fácil, mientras que aquí todo le era extraño; no podía habituarse a esta existencia, aceptarla como necesaria; no le gustaba y suscitaba en él un deseo tranquilo, pero obstinado, de reconstruir todo según sus ideas. Tenía la tez amarillenta, finas arrugas irradiaban de sus ojos, la voz dulce y las manos siempre tibias. Cuando saludaba a la madre de Vlásiv, le apretaba toda la mano entre sus dedos vigorosos, y este gesto aliviaba y calmaba el corazón de la madre.

Venían, además, otras personas de la ciudad, y una de las más asiduas era una muchacha alta y bien formada, con unos ojos inmensos en un rostro flaco y pálido. Le llamaban Sáshenka. En su porte y sus gestos había algo de varonil; fruncía las negras cejas con aire irritado, y cuando hablaba, las delgadas aletas de su nariz recta, se estremecían.

Fue la primera que dijo en voz alta, con dureza:

—Nosotros, los socialistas...

Cuando la madre oyó aquella palabra, miró a la joven con un silencioso terror. Ella había oído decir que los socialistas habían matado a un Zar. Sucedió en su juventud: se decía entonces que los terratenientes, deseando vengarse del Zar porque había libertado a los siervos, habían hecho juramento de no cortarse los cabellos hasta que no lo hubiesen matado; a causa de esto los llamaban socialistas. Y ahora no lograba comprender por qué su hijo y sus camaradas eran también socialistas.

Cuando todo el mundo se marchó, le preguntó a Pável:

— Hijo, ¿es posible que tú seas socialista?

—Sí —dijo él, firme y franco como siempre—. ¿Y qué?

Ella lanzó un profundo suspiro, y continuó, bajando los ojos:

—¿De veras, Pável? ¡Pero si ellos están contra el Zar: ya han matado a uno!

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Pável dio unos pasos por la habitación, pasándose la mano por la mejilla, y contestó con una sonrisa:

—Nosotros no necesitamos hacer eso.

Habló largo rato a su madre, en voz baja y tono serio. Ella lo miraba a los ojos y pensaba:

«Él no puede hacer nada malo, ¡no puede!»

Después la palabra terrible se fue repitiendo cada vez con más frecuencia; su virulencia se perdió poco a poco y se hizo tan familiar a su oído como otros muchos términos incomprensibles... Pero Sáshenka no le gustaba, y cuando aparecía, la madre se sentía molesta, incómoda...

Una noche, dijo al jojol, apretando los labios con una mueca de disgusto:

—¡Qué severa es Sáshenka! Siempre está mandando: «usted debe hacer esto, usted esto otro...»

El jojol rió ruidosamente.

—¡Es verdad! Ha dado en el clavo la madrecita, ¿eh, Pável?

Y, guiñando un ojo a la madre, dijo, con mirada burlona:

—¡La nobleza...!

Pável dijo secamente:

—Es una buena persona.

—Justo —confirmó el jojol—. Sólo que no comprende que ella es quien debe, pero que nosotros queremos y podemos.

Se pusieron a discutir sobre algo que la madre no comprendió.

La madre observó también, que Sáshenka era particularmente severa con Pável, al que incluso, a veces, regañaba. Pável sonreía, callaba y contemplaba a la

muchacha, con la misma dulce mirada que antes había tenido para Natasha. Esto tampoco gustaba a Pelagueia.

A veces, la madre se quedaba sorprendida ante los accesos de júbilo ensordecedor y comunicativo que se apoderaba súbitamente de los jóvenes. En general, esto ocurría las noches que leían en los periódicos noticias concernientes a la clase obrera del extranjero. Entonces, todos los ojos brillaban de alegría, todos se convertían, cosa extraña, en seres felices, como criaturas; reían con risa clara y satisfecha, se daban cariñosas palmadas en el hombro...

—¡Bravo por los camaradas alemanes! -gritaba cualquiera de ellos, como embriagado de alegría.

—¡Vivan los obreros de Italia! —exclamaban otra vez.

Y cuando enviaban estas aclamaciones a lo lejos, a amigos que no los conocían ni podían comprender su lengua, parecían seguros de que estos desconocidos oirían y entenderían su entusiasmo.

El jojol, brillantes los ojos, lleno de un amor que abrazaba a todos los seres, declaraba:

—Estaría bien escribirles, ¿no? ¡Para que sepan que en Rusia tienen amigos que profesan la misma fe que ellos, que viven para los mismos objetivos y que se alegran de sus victorias!

Y todos, la mirada soñadora y la sonrisa en los labios, hablaban largamente de los franceses, los ingleses, los suecos, como de amigos personales, seres queridos a quienes estimaban, cuyas alegrías compartían y cuyas penas sentían.

En la pequeña habitación, nacía un sentimiento del parentesco espiritual con los trabajadores del mundo entero. Este sentimiento que hacía vibrar a todos en un mismo corazón era compartido por la madre, y aunque no lo comprendiese claramente, la hacía erguirse ante aquella fuerza gozosa y juvenil, embriagadora, henchida de esperanzas.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Cómo son... todos iguales —dijo un día al jojol—. Para ustedes, todos son camaradas: los armenios, los judíos, los austríacos..., ustedes se alegran y se entristecen por todos.

—¡Por todos, sí, madrecita, por todos! —exclamó él—. Para nosotros no hay naciones ni razas, no hay más que camaradas o enemigos. Todos los proletarios son nuestros camaradas; todos los ricos, todos los que gobiernan, nuestros enemigos. ¡Cuando se mira a la tierra con ojos de bondad, cuando se ve que nosotros, los obreros, somos muchos y cuánta es la fuerza que representamos, se siente el corazón invadido de gozo, y en el pecho como una gran fiesta solemne! Y el francés y el alemán sienten lo mismo cuando miran a la vida, e igualmente se regocijan los italianos. Somos todos hijos de una misma madre, de la idea invencible de la fraternidad de los trabajadores de todos los países de la tierra. Esta fraternidad nos conforta, es un sol en el cielo de la justicia, y este cielo está en el corazón del obrero; sea quien fuere, llámese como se llame, el socialista es nuestro hermano en espíritu, ahora y siempre, por los siglos de los siglos.

Aquella fe infantil, pero inquebrantable, se manifestaba cada vez más frecuentemente en el pequeño grupo, con una fuerza creciente. Y cuando la madre veía este desbordar de esperanza, sentía instintivamente que, en verdad, algo grande y resplandeciente había nacido en el mundo, como un sol, parecido al que ella veía en el firmamento.

Muchas veces cantaban: cantaban alegremente, y a plena voz, canciones familiares; otras veces, las que entonaban eran nuevas, de una singular belleza, pero con aires tristes y extraños. Entonces, bajaban la voz, gravemente, como para un himno religioso. Los rostros de los cantores palidecían o se encendían, y de aquellas sonoras palabras emanaba una gran fuerza.

Una de las nuevas canciones, sobre todo, inquietaba y emocionaba a Pelagueia. No se oían en ella las tristes meditaciones de un alma herida, errando solitaria por los senderos oscuros de dolorosas incertidumbres, ni las quejas del ánimo, abatido por la desnudez y el miedo, sin carácter, sin color. Tampoco resonaban en ella los suspiros angustiados de un corazón fuerte, oscuramente ávido de espacio, ni los gritos de reto del audaz, pronto a aplastar indistintamente, tanto el mal como el bien. Tampoco era el resentimiento ciego del ofendido, capaz de

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

vengarse, de arrasar todo, impotente para crear nada. Ningún eco del viejo mundo, del mundo de los esclavos.

Las palabras ásperas, el aire austero de la melodía no agradaban a la madre, pero había en esta canción una fuerza más grande que el verbo y los sonidos, que sobrepasaba a éstos y despertaba en el corazón el presentimiento de alguna cosa, demasiado inabarcable para el pensamiento. Esto era lo que ella veía en los rostros, en los ojos de los jóvenes, lo que sentía en sus pechos, y, cediendo a aquella potencia misteriosa que no cabía en las palabras ni en los sonidos, escuchaba siempre con atención particular, con una inquietud mayor que todas las otras canciones.

La cantaban más bajo que las demás, pero resonaba más fuerte que ninguna, y abrazaba a los hombres como el viento de un día de marzo, primer día de la futura primavera.

—Ya es hora de que la cantemos en la calle —decía, sombrío, Vesovchikov.

Cuando su padre, una vez más, fue detenido por robo, Nikolái declaró tranquilamente:

—Ahora ya podremos reunirnos en mi casa.

Casi todas las tardes, después del trabajo, uno u otro venían a casa de Pável: leían juntos, copiaban pasajes de los libros, estaban preocupados y no tenían ni tiempo de lavarse. Cenaban y tomaban el té, sin dejar los libros, y sus palabras eran cada vez más incomprensibles para la madre.

—¡Necesitamos un periódico! —decía frecuentemente Pável.

La vida se hacía agitada y febril: corrían cada vez más rápidamente de un libro a otro, como abejas de flor en flor.

—Empieza a hablarse de nosotros —dijo un día Vesovchikov—. Seguramente, pronto nos detendrán.

—La codorniz está hecha para el lazo —dijo el jojol.

Éste le gustaba cada día más a la madre. Cuando la llamaba madrecita era como si le acariciase las mejillas la mano suave de un niño. Los domingos, si Pável

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

no tenía tiempo, él cortaba la leña; un día llegó con una tabla al hombro, tomó el hacha y cambió con habilidad y rapidez un peldaño podrido de la escalera de la entrada de la casa; otra vez, también sin que se apercibiese nadie, arregló la empalizada medio derruida. Mientras trabajaba, silbaba tonadas, bellas y tristes.

Una vez la madre propuso al hijo:

—¿Y si diéramos hospedaje al jojol? Para ustedes sería mejor que correr de la casa de uno a la del otro.

—¿Para qué va usted a tomarse ese trabajo? —preguntó Pável, encogiéndose de hombros.

—¡Qué ocurrencia! Me he pasado la vida atormentándome sin saber para qué; bien puedo hacerlo por un buen hombre.

—Como usted quiera —replicó Pável—. Si él acepta, yo estaré contento.

Y el jojol vino a vivir con ellos.

CAPÍTULO 8

La casita, del extremo del arrabal, iba atrayendo la atención de la gente: ya eran muchas las miradas desconfiadas que sondeaban sus muros. Sobre ella se cernían inquietas las abigarradas alas del rumor público, y la gente intentaba sorprender, descubrir lo que se ocultaba tras las paredes de la casita junto al barranco. Por las noches iban a mirar por las ventanas; a veces, alguien golpeaba en ellas, y en seguida echaba a correr asustado.

Un día, el tabernero Beguntsov detuvo a Pelagueia en la calle: era un viejecito atildado, con un pañuelo de seda negra constantemente anudado en torno a su cuello rojo y fofo, con el pecho cubierto por un grueso chaleco malva. Gafas de concha cabalgaban sobre su nariz puntiaguda y brillante, lo que le había valido el apodo de «Ojo de hueso. Sin tomar aliento ni esperar respuestas, interpeló a Pelagueia con una avalancha de palabras crepitantes como la leña seca:

—¿Cómo va, Pelagueia Nílovna? ¿Y el retoño? ¿No piensa casarlo pronto? El chico está ya en edad de tomar mujer. El matrimonio de los hijos es la tranquilidad de los padres. En familia, se conserva uno mejor, tanto de cuerpo como de espíritu, como las setas en vinagre. Yo, en su lugar, lo casaría. En estos tiempos hay que mirar cómo vive cada uno: la gente lo hace según sus ideas, el desorden ha entrado en todos y se cometen acciones abominables. La juventud se desvía de la casa de Dios, evita los lugares públicos, se reúne a escondidas, murmura por los rincones. ¿Por qué murmuran, permítame preguntárselo? ¿Por qué huyen de la sociedad? ¿Qué es todo lo que un hombre no se atreve a decir ante la gente, por ejemplo, en la taberna? ¡Misterio! Pero el sitio de los misterios en nuestra Santa Iglesia Apostólica. Todos los demás misterios que se cumplen en los rincones ¡proviene de la mente descarriada! ¡Que usted siga bien!

Plegando el brazo con afectación, levantó su gorra, la agitó en el aire y se fue, dejando a la madre profundamente perpleja. Otra vez, María Korsunova, vecina de los Vlások y viuda de un herrero, que vendía comestibles a la puerta de la fábrica, encontró a la madre en el mercado y le dijo:

—Vigila un poco a tu hijo, Pelagueia.

—¿Por qué?

—Corren rumores —le dijo María, con aire misterioso—. Malos rumores, querida. Se dice que está organizando una especie de asociación en el estilo de los flagelantes⁵. Eso se llama secta. Quieren azotarse unos a otros con latigazos, como los flagelantes.

—¡Basta, no seas tonta, María!

—Hay que censurar a quien las inventa, no a quien las cuenta —respondió la vendedora.

La madre comunicó a su hijo todas aquellas habladurías; él se encogió de hombros en silencio, y el jojol estalló en carcajadas.

—Las muchachas están también muy enfadadas con ustedes —dijo ella—. ¡Son buenos partidos, buenos obreros, no beben, y ni las miran! Se dice que de la ciudad vienen a verlos señoritas de dudosa conducta...

—¡Seguro! —dijo Pável, con una mueca de repugnancia.

—En un pantano todo huele a podrido —respondió el jojol suspirando—. Y usted, madrecita, habría hecho bien explicando a esas jóvenes tontas lo que es el matrimonio, para que no tengan tanta prisa en que les rompan las costillas.

—Hijo mío, ellas lo saben muy bien y lo comprenden, pero no ven otra salida.

—No comprenden nada: si lo hicieran encontrarían otro camino —observó Pável.

La madre echó una ojeada a su rostro severo.

—Pues enséñenselo. Pueden invitar a las menos tontas...

—No es conveniente —replicó secamente Pável.

—¿Y si probásemos? —preguntó el jojol.

⁵ Los .KLITY. secta religiosa de la época.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Pável permaneció un instante en silencio.

— Empezarían a formarse parejas, después se casarían algunos, ¡y se acabó!

La madre se sumergió en sus reflexiones. La austeridad monacal de Pável la desconcertaba. Veía que sus consejos eran seguidos, incluso por sus camaradas de más edad, como el jojol, pero le parecía que todos le temían, que no lo amaban bastante, a causa de esta severidad.

Una noche que ya estaba acostada, mientras Pável y el jojol seguían leyendo, a través del delgado tabique prestó atención a lo que hablaban.

—¿Sabes que Natasha me gusta? —dijo súbitamente el jojol.

—Ya lo sé.

Pável no había respondido inmediatamente.

La madre oyó levantarse al jojol, y comenzar a pasear por el cuarto. Sus pies desnudos se arrastraban sobre el suelo. Silbó un aire triste; luego habló de nuevo:

—¿Lo habrá notado ella?

Pável guardó silencio.

—¿Qué opinas tú? —preguntó el jojol, bajando la voz.

—Que lo nota. Por eso ha renunciado a trabajar con nosotros.

Los pasos del jojol volvieron a arrastrarse sobre el suelo, y su silbido tembló otra vez. Después preguntó:

—Y si yo le dijese...

—¿Qué?

—Que... eso, que yo... — empezó a explicar el jojol en voz queda.

—¿Para qué? —interrumpió Pável.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

El jojol se detuvo, y la madre presintió que sonreía.

—Bueno, yo creo que cuando se quiere a una muchacha hay que decírselo, porque si no, no se consigue nada.

Pável cerró ruidosamente su libro.

—¿Qué es lo que quieres conseguir?

Callaron ambos por un rato largo.

—¿Y entonces? —preguntó el jojol.

—¡Hay que saber claramente lo que se desea, Andréi! —respondió lentamente Pável—. Supongamos que ella también te ama: no lo creo, pero supongámoslo. Se casan. Un matrimonio interesante: una intelectual y un obrero. Vendrán hijos; tendrás que trabajar tú solo... y mucho. Su vida se convertirá en una lucha por el pedazo de pan para los hijos, para el alquiler de la vivienda, y ambos se habrán perdido para la causa. ¡Los dos!

Hubo un silencio. Luego, Pável continuó con más suavidad:

—Es mejor que olvides eso, Andréi. Y que no la perturbes...

Silencio otra vez. El reloj desgranaba en «tic—tac» los segundos.

El jojol dijo:

—La mitad del corazón ama, la otra odia. ¿Acaso es esto es un corazón?

Susurraron las páginas de un libro: sin duda, Pável había vuelto a su lectura. La madre permaneció acostada, los ojos cerrados, temiendo hacer un movimiento. Se sentía conmovida hasta el llanto por el jojol; pero aún más por su hijo. Pensaba: «Querido mío... »

De pronto, Andréi preguntó:

—Entonces, ¿debo callar?

—Es más honrado —dijo dulcemente Pável.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Bien, seguiré por ese camino —dijo el jojol. Y un instante después, añadió tristemente:

—Te será duro, pequeño Pável, cuando tú también...

—Ya me es duro.

Una ráfaga de viento rozó las paredes de la casa. Preciso, el reloj marcaba la huida del tiempo.

—Estas cosas no son bromas... —dijo el jojol lentamente.

La madre hundió el rostro en la almohada y lloró en silencio.

A la mañana siguiente, Andréi le pareció a la madre menos macizo y todavía más cercano a su corazón. Su hijo estaba como siempre: flaco, erguido y taciturno. Hasta entonces, ella había llamado al jojol Andréi Onisimovich; pero aquel día, sin darse cuenta, le dijo:

— Andriusha, debería usted remendarse las botas; así se le van a helar los pies.

—¡Me compraré unas nuevas cuando cobre! —respondió él echándose a reír, y de pronto, poniéndole en el hombro su ancha mano, preguntó:

—¿Tal vez es usted mi verdadera madre? Sólo que, como soy tan feo, no quiere usted reconocerlo ante la gente, ¿verdad?

Ella le dio un golpecito en la mano. Hubiera querido decirle un sinfín de palabras afectuosas, pero tenía el corazón oprimido de lástima, y su lengua se negaba a obedecerla.